LOS MÉDICOS EN LA OBRA DE CERVANTES

Lavinia SIMILARU[*]

Abstract: *The Doctors in Cervantes' Works*

«A doctor is worth many ordinary men», wrote Plato in The Banquet. *But the later literary tradition often criticizes, sometimes with vehemence, the doctors.*

The world of medicine was not odd for the most famous Spanish writer; it was supposed to know it very well since his father, Don Rodrigo de Cervantes, was a surgeon. Doctors appear in all the work of Cervantes and - if in Calíope's Song the author appreciates some doctors poets- , generally the writer's judgements are not very favorable. In Cervantes' works, doctors sometimes manage to heal the sick and they often fail to understand what disease he suffers from. Being enraged because a doctor doesn't allow him to eat, Sancho Panza criticizes the "bad" doctors, emphasing that "the good deserve palms and laurels". The licensed Vidriera notes that the doctors are the only ones who can kill without fear of punishment: "Only doctors can kill us and they kill us without fear and they walk softly, without unsheathe other sword than a récipe. And their crimes don't have to be discovered, because they instantly put them underground".

Keywords*: Cervantes, doctors, medicine.*

I Miguel de Cervantes

Ahora más que nunca, el mundo literario recuerda a Cervantes, el escritor español sin par, ya que en 2015 se celebra el IV centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, y en 2016 se conmemorará el IV centenario de la muerte de Cervantes. No cabe duda de que Miguel de Cervantes Saavedra es el insuperable "príncipe de los ingenios españoles" (Menéndez Peláez *et.al.*, 2005: 687), la indiscutible cima de la creación literaria en español. Jean Canavaggio piensa que la gloria de Cervantes: "se debe también a la manera en que su obra, aparentemente transparente y, sin embargo, sumamente ambigua, desborda sin cesar el designio del que surgió." (Canavaggio *et al.*, 1995: III 53).

Angel del Río escribe: "…es evidente que en su obra el humanismo cristaliza en nuevas formas y en un nuevo concepto de la vida y del hombre. […] Cervantes supera la crisis del humanismo y canaliza su legado hacia una nueva manera de entender las relaciones del ser humano con su mundo." (Del Río, 1982: I, 451).

José María Paz Gago considera que el mérito del escritor español consiste en: "inventar la novela moderna dos siglos antes de que encuentre continuidad y trescientos años antes de que se consolide un género tan revolucionario y tan ajeno al contexto de la Poética clasicista en que surge". (Paz Gago, 2006: 25).

A casi cuatrocientos años de su muerte, Cervantes sigue siendo muy actual, y sus obras parecen escritas por un contemporáneo nuestro. Como escribe Xesús Ferro Ruibal, "é condición dos grandes escritores escribir non tanto para os lectores contemporáneos deles senón para os do futuro" (Ferro Ruibal, 2011: 82). Hoy varios escritores reivindican su "nacionalidad cervantina", como Juan Goytisolo, quien, recibiendo el Premio Cervantes, aclaró en su discurso que "cervantear es aventurarse en

[*] Universidad de Craiova, lavinia_similaru@yahoo.es

BDD-A24585 © 2015 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.216.75 (2026-10-30 00:14:48 UTC)

el territorio incierto de lo desconocido con la cabeza cubierta con un frágil yelmo bacía". (https://es.noticias.yahoo.com/goytisolo-contaminados-cervantes-resignamos-injusticia-102929766.html).

Seguimos necesitando a los "hombres decididos a no contentarse con la realidad" (Ortega y Gasset, 1990: 227), para no olvidar que "ser héroe consiste en ser uno, uno mismo" (*ibid.*).

Don Quijote nos enseña a dejar de temer el ridículo, y a atrevernos a defender nuestros sueños contra viento y marea. Don Quijote es el "caballero que hizo reír a todo el mundo, pero nunca soltó un chiste. Tenía el alma demasiado grande para parir chistes. Hizo reír con su seriedad". (Unamuno: 1992, 143).

La fama de Cervantes se debe a la creación de *Don Quijote*, la primera novela moderna, y podemos afirmar sin temor a equivocarnos que "Miguel de Cervantes es, pues, el indiscutible creador y maestro del género". (Alvar *et al.*: 2007: 307).

Pero *Don Quijote* no es lo único que escribió Cervantes. Le debemos otras dos novelas –*La Galatea* y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*-, las *Novelas ejemplares*, y también varias obras de teatro y poesías.

II Los médicos en la obra de Cervantes

«Un médico vale él solo por muchos otros hombres», escribía Platón en *El banquete*. Pero la tradición literaria ulterior suele criticar, a veces con cierta vehemencia, a los médicos.

El mundo de la medicina no le era extraño al más famoso escritor español; se supone que lo conocía muy bien, puesto que su padre, don Rodrigo de Cervantes, era médico cirujano. Jean Canavaggio en *Cervantes en su vivir* hace hincapié en "su modesto oficio de cirujano itinerante", y en "sus constantes vagabundeos por la península, durante los años de infancia de sus hijos", lo que llevó "a Américo Castro a considerarlo como converso, mientras otros cervantistas se negaban a admitir semejante hipótesis". (http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/cervantes-en-su-vivir-0/html/00094668-82b2-11df-acc7-002185ce6064_1.html#I_1_). Todo esto sugiere que don Rodrigo de Cervantes no tuvo una vida fácil, y su hijo Miguel fue testigo de estas dificultades.

Médicos aparecen en toda la obra de Cervantes, y –si en el *Canto de Calíope* el autor aprecia a unos médicos poetas-, generalmente los juicios del escritor no son muy favorables. En las obras de Cervantes, los médicos a veces aciertan y curan al enfermo, y muchas veces no consiguen entender de qué enfermedad padece éste.

II 1. Los médicos en *Don Quijote*

Sancho Panza llega a ser gobernador, como le había prometido su amo, y tiene un gran disgusto: cuando quiere comer algo, un señor indica con la varilla que le quiten el plato de delante. Sancho está desconcertado, y el súbdito, don Pedro Recio de Agüero, explica su gesto de esta manera: "Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día, y tanteando la complexión del gobernador, para acertar a curarle cuando cayere enfermo". (II, 47).

El episodio es cómico, puesto que el lector sabe que Sancho es gran comilón, y nada puede molestarle más que prohibirle comer, y cualquier cosa que quiera comer, el médico se la prohíbe. En cuanto a las perdices que traen a la mesa, la respuesta del

BDD-A24585 © 2015 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.216.75 (2026-10-30 00:14:48 UTC)

médico es: “Ésas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida”. Sigue una discusión, al cabo de la cual Sancho está “todo encendido de cólera”, y le dice al médico que buscará un garrote, y: “...no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que a los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como a personas divinas.” (II, 47). Sancho, tan pacífico de costumbre, esta vez está tan furioso, que llega a amenazar al médico: “Y vuelvo a decir que se me vaya, Pedro Recio, de aquí; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio a Dios en matar a un mal médico, verdugo de la república”. (II, 47). No podemos dejar de observar que Sancho, aún enfurecido, critica a los médicos “malos”, destacando más adelante que “los buenos palmas y lauros merecen” (II, 49). A pesar de todo el enfado –y al escudero nombrado gobernador, la prohibición del comer le pesa enormemente-, Sancho no se olvida de honrar a los buenos médicos.

II 2. Los médicos en las *Novelas ejemplares*

En las *Novelas ejemplares*, hay muchos médicos que a veces aciertan la enfermedad y la cura del enfermo, y otras veces erran.

En *La española inglesa*, Ricaredo cae enfermo, y los médicos son incapaces de descubrir el origen de su mal: “No le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni quería descubrírsela”. En realidad, Ricaredo está enfermo de amor, y los médicos no pueden ayudarle mucho.

En la misma novela ejemplar, Isabela es envenenada por la camarera de la reina, y está agonizando. La reina llama a los médicos –que no llegan enseguida-, y mientras tanto le administra los antídotos que tiene, lo que nos permite echar un vistazo a las prácticas médicas de la época: “Mandó llamar la reina con priesa a sus médicos, y, en tanto que tardaban, la hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes príncipes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades”. Pero los médicos llegan, y –para poder tomar medidas-, se interesan por el veneno que se le había dado a la infeliz, y consiguen salvarla: “Vinieron los médicos, y esforzaron los remedios y pidieron a la reina hiciese decir a la camarera qué género de veneno le había dado, porque no se dudaba que otra persona alguna sino ella la hubiese avenenado”. Estos fragmentos muestran claramente que Cervantes tenía ciertos conocimientos médicos, lo que no es de extrañar, teniendo en cuenta que su padre era médico. El escritor era consciente también de los límites de la ciencia médica en su época, y los efectos del veneno no son contrarrestados tan fácilmente: “Finalmente, Isabela no perdió la vida, que el quedar con ella la naturaleza lo comutó en dejarla sin cejas, pestañas y sin cabello; el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros levantados y los ojos lagrimosos”.

El licenciado Vidriera diferencia también los buenos médicos de los malos, concluyendo en cuanto a los últimos que “no hay gente más dañosa a la república que ellos”. Inmediatamente después observa que los médicos son los únicos que pueden matar sin temor al castigo: “Sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desemvainar otra espada que la de un *récipe*. Y no hay descubrirse sus delictos, porque al momento los meten debajo de la tierra”. La opinión del licenciado coincide con la que viene expresada en un refrán español: “Lo que el médico erró, errado quedó, y la tierra lo cubrió”.

BDD-A24585 © 2015 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.216.75 (2026-10-30 00:14:48 UTC)

El cuerdo licenciado Vidriera destaca también la eternamente proverbial codicia de los médicos, "los cuales, que sane o no sane el enfermo, ellos llevan su propina".

El licenciado Vidriera tiene las ideas muy claras, y hace justicia a los médicos, criticando a los "boticarios", es decir a los farmacéuticos, ya que entre ellos hay alguno que "por no decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban ponía otras que a su parecer tenían la misma virtud y calidad, no siendo así; y con esto, la medicina mal compuesta obraba al revés de lo que había de obrar la bien ordenada". Esta problemática sigue siendo muy actual, y Cervantes pone el dedo en la llaga en este caso, señalando perfectamente un problema del sistema. La relación médico – farmacéutico ha sido siempre muy conflictiva, y hoy en día muchas voces dicen que la industria farmacéutica ha perjudicado mucho a la verdadera medicina, puesto que la industria farmacéutica no deja de ser una industria, y busca ganar dinero a toda costa, sin importarle realmente las vidas humanas, y sin preocuparse por matar a veces, al experimentar nuevos fármacos. En el siglo XXI seguimos criticando a los farmacéuticos con palabras no muy diferentes de las de Cervantes.

En *La fuerza de la sangre* aparece un médico cirujano (la especialidad del padre de Cervantes), que cura al niño cuando éste es atropellado por un caballo, y lo hace como todo un profesional: "El cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida como él al principio había temido. En la mitad de la cura volvió Luis a su acuerdo, que hasta allí había estado sin él". Aquí Cervantes describe con admiración y con ternura la actividad del médico, probablemente evocando a su padre.

En *El celoso extremeño*, el médico tiene un papel cómico, ya que no es llamado a curar a ningún enfermo, sino a dormir al viejo celoso, mientras la joven esposa escucha música con las criadas, y con el joven aventurero: buscan "cosa que provocase a sueño, para dárselo a Carrizales; que él había oído decir que había unos polvos para este efeto", y deciden acudir a "un médico amigo que les daría el mejor remedio que supiese, si es que le había". Y encuentran el remedio perfecto, que funciona muy bien; el médico les da un buen consejo.

En *La ilustre fregona*, la protagonista necesita contar sobre todo con la discreción y complicidad del médico, no se fía de él, y no se equivoca en sus decisiones; consigue que el doctor de la Fuente no revele la causa de su mal: "Fueron luego por él, y él vino luego; comunicó a solas con él su enfermedad; y lo que de su plática resultó fue que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte y en lugar donde no le diesen ningún ruido". La señora había sido forzada, y se había quedado embarazada, por eso se había ido de su casa, tratando de ocultar lo ocurrido a los suyos. Como no se fía del médico, no espera contar con su ayuda, y teme que el médico descubra su secreto. Por eso, no se lo dice, mientras el médico no se da cuenta de nada, no sospecha cuál es la dolencia de la señora, y le receta cosas inútiles: "Otros seis días estuvo en la cama, y en todos ellos venía el médico a visitarla, pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedía su mal; y las medicinas que le ordenaba nunca las puso en ejecución, porque sólo pretendió engañar a sus criados con la visita del médico". Este médico resulta algo ignorante, hay que reconocerlo.

En *Las dos doncellas* asistimos a la curación de Marco Antonio en una galera: "la herida que tenía era peligrosa, por ser en la sien izquierda y decir el cirujano ser de peligro; alcanzó con el general se le diese para curarle en tierra, y, puesto con gran tiento en el esquife, le sacaron". Hay que destacar el sumo esmero en la actividad del médico. Después deja al herido en manos del médico de la ciudad, rindiéndole cuentas

BDD-A24585 © 2015 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.216.75 (2026-10-30 00:14:48 UTC)

de su curación: “Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras y dio cuenta al de la ciudad de la herida, y de cómo la había curado y del peligro que de la vida, a su parecer, tenía el herido, con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad que estaba bien curado”. Los dos médicos están de acuerdo, y los dos se esfuerzan en curar la herida del héroe. Exagerando un poco la gravedad de las heridas, probablemente para poder pedir más dinero, pero es un pecado venial, y no quita el mérito de salvarle la vida al héroe. Además, el médico de la ciudad se compadece mucho de Marco Antonio, y sus sentimientos resultan conmovedores: “Avisó al cirujano, quien por caridad se dolía del herido, como hablaba mucho y no le dejaban solo, el cual vino y ordenó lo que primero: que fue que le dejasen en silencio”.

En *El coloquio de los perros*, Berganza observa preocupado que hay demasiados estudiantes de Medicina en Alcalá de Henares: “de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían Medicina”. Las posibilidades –muy bien enunciadas por el perro- son éstas: “o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre”. No podemos dejar de destacar la eterna ironía de Cervantes.

II 3. Los médicos en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*

Rutilio, contando su vida, narra unos acontecimientos fantásticos e inverosímiles que le ocurren supuestamente en una cárcel, donde había llegado por haber raptado a una doncella principal. En la cárcel conoce a una señora acusada de hechicería, “…que la alcaidesa de la cárcel había hecho soltar de las prisiones y llevádola a su aposento, a título de que con yerbas y palabras había de curar a una hija suya de una enfermedad que los médicos no acertaban a curarla.” (I, 8). El fragmento nos permite ver la ignorancia de los contemporáneos de Cervantes. La medicina de la época era primitiva, no hay duda, y los médicos no siempre conseguían diagnosticar correctamente y vencer la enfermedad. Si los médicos no lograban curar al enfermo, la familia de éste acudía a las hechiceras. Tal vez deberíamos admitir que resulta algo exagerado criticar tanto a los contemporáneos del escritor, ya que esta costumbre perdura todavía entre gentes incultas.

Más tarde, la hechicera Cenotia consigue hacer enfermar al joven Antonio, y los médicos no saben qué hacer para curarle: “…se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto descaecimiento que los médicos dijeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad.” (II, 9). Una vez más, los médicos no sirven, y la hechicera remedia ella misma –porque ella sola es capaz de hacerlo- el mal que había provocado.

La ignorancia de los médicos y de las personas comunes y corrientes con respecto a la medicina no tenía límites: “Lo que se ha de entender desto de convertirse en lobos es que hay una enfermedad a quien llaman los médicos manía lupina, que es de calidad que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo, y aúlla como lobo, y se juntan con otros heridos del mismo mal”. (I, 18). La medicina se mezclaba con toda clase de creencias profanas y de leyendas.

Otro episodio que requiere la presencia de los médicos tiene lugar a la corte del rey Policarpo. Viendo que Auristela se siente mal, el rey le manda a sus médicos: “Apenas supo Policarpo la indisposición de Auristela, cuando mandó llamar sus médicos, que la visitasen; y, como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma.” (II, 3). Cervantes parece desear convencernos de que los médicos de la época eran capaces de establecer con precisión un diagnóstico mediante el pulso, sin necesitar

BDD-A24585 © 2015 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.216.75 (2026-10-30 00:14:48 UTC)

ningún tipo de herramienta. Podríamos añadir irónicamente que la medicina moderna supone un gran desperdicio de tiempo y dinero, o podríamos imaginar las caras de asombro de aquellos médicos en un quirófano del siglo XXI. Pero estaríamos equivocados: a pesar de su falta de recursos, aquellos médicos antiguos acertaban: Cervantes nos muestra que su diagnóstico era correcto. Igual de correcto resulta el tratamiento que recomiendan: "Ordenaron los médicos que en ninguna manera la dejasen sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, o con otros algunos alegres entretenimientos." (II, 3). La psiquiatría moderna les da la razón: la soledad agrava la depresión. Pero no hay duda de que esto Cervantes no lo aprendió de los médicos de su época, sino de su experiencia de vida, probablemente de sus años de cautiverio, cuando aprendió a "tener paciencia en las adversidades", según nos confiesa en el prólogo de las *Novelas ejemplares*.

En el Tercer libro Cervantes nos brinda la oportunidad de ver trabajar a los cirujanos. Un conde está herido de muerte, y son llamados los galenos: "Ya en esto habían acomodado al conde herido en un rico lecho, y llamado a dos cirujanos que le tomasen la sangre y mirasen la herida, los cuales declararon ser mortal, sin que por vía humana tuviese remedio alguno." (III, 9). La medicina de la época intuía las propiedades de la sangre, pero estaba lejos de poder practicar los complicadísimos análisis de nuestros tiempos. Al paciente se le tomaba sangre, pero esto no servía para nada, era más bien un sufrimiento gratuito al que era sometido. Un episodio parecido tiene lugar más adelante, cuando se le toma sangre a Antonio: "Tomaron la sangre a Antonio, y, tentándole los cirujanos la herida, pidieron albricias a su hermana de que era más grande que mortal, y de que presto tendría salud con ayuda del cielo." (III, 15). Carece de lógica que le tomen sangre, cuando ya ha perdido bastante. Además de provocar al herido un dolor inútil, los cirujanos piden dinero, y lo cobran dos veces. "Dióselas Feliz Flora, adelantándose a Constanza, que se las iba a dar, y aun se las dio, y los cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos." (II, 15). La avaricia es algo que los médicos de aquel entonces tienen en común con los contemporáneos, según asegura una leyenda urbana muy difundida.

Los cirujanos que curan al conde en el capítulo noveno tienen una exigencia inexplicable, piden que dejen solo al herido, o al menos no en compañía de mujeres: "No se quitaban de la cabecera del conde, obligadas de su natural condición, Auristela y Constanza, que, con la compasión cristiana y solicitud posible, eran sus enfermeras", pero de esta manera "iban contra el parecer de los cirujanos, que ordenaban le dejasen solo, o a lo menos no acompañado de mujeres." (III, 9).

En el *Libro cuarto*, al revelar la razón del viaje que emprenden los protagonistas –el amor de Persiles por Sigismunda, la princesa destinada a ser esposa de su hermano-, Cervantes dice claramente que mediante el pulso es imposible establecer el diagnóstico, sobre todo cuando la dolencia es del alma (Persiles está enfermo de amor): "Visitáronle médicos; como no sabían la causa de su mal, no acertaban con su remedio: que, como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso y casi imposible Este documento ha sido descargado de entender la enfermedad que en ellas asiste". (IV, 12). De todos modos, está claro que para encontrar el remedio de la enfermedad se debe conocer su causa. Es uno de los escasos principios correctos de la medicina empírica de la época.

Médicos encontramos también en el *Tercer libro*, cuando los viajeros llegan a Luca, ciudad italiana, donde se hospedan, y ven salir un médico, a quien reconocen por el traje, y no se equivocan, ya que inmediatamente le escuchan pronunciar estas palabras: "Yo, señora, no me acabo de desengañar si esta doncella está loca o

BDD-A24585 © 2015 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.216.75 (2026-10-30 00:14:48 UTC)

endemoniada, y, por no errar, digo que está endemoniada y loca; y, con todo eso, tengo esperanza de su salud, si es que su tío no se da priesa a partirse." (III, 20). Una vez más, al médico le cuesta establecer un diagnóstico con los escasos recursos de la época, pero desea que el tío se quede en la ciudad, y él siga curando a la paciente. La descripción de la enferma es inquietante: "…tenía los brazos aspados y atados con unas vendas a los balaustres de la cabecera del lecho, como que le querían estorbar el moverlos a ninguna parte; dos mujeres, que debían de servirla de enfermeras, andaban buscándole las piernas para atárselas también…" (III, 20). Hoy, mirando la escena con nuestra sensibilidad moderna, nos parecería un tratamiento inhumano, y compadeceríamos a la pobre joven. Esta heroína de Cervantes se llama Isabela, y está enferma de amor. Así que los médicos son molestados inútilmente, no ellos van a curarla, sino Andrea, el hombre que ama, quien no tardará en llegar. Isabela y Andrea se casarán, pero el mismo día tendrá lugar el entierro del tío de Isabela, cuyo corazón no resiste la fuerte emoción. El médico está presente, pero no puede evitar la muerte del hombre. Esto desconcierta a los peregrinos, y Periandro no deja de afirmar su disgusto: "Pero lo que a él le había descontentado, era la junta del bautismo, casamiento y la sepultura, y la ignorancia del médico, que no atinó con la traza de Isabela ni con el peligro de su tío". (IV, 1).

En Roma, la bella Hipólita, una cortesana celosa, que se enamora de Periandro, recurre a la hechicería, y consigue enfermar a Auristela. La enfermedad de la protagonista permite a Cervantes reflexionar sobre la fama –merecida o no- de los médicos: "Llamáronse médicos, escogiéronse los mejores, a lo menos los de mejor fama; que la buena opinión califica la acertada medicina, y así suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados." (IV, 9). A pesar de ser los más famosos, estos médicos no logran curar a Auristela, ya que "no sabían la causa precisa de su dolencia" (IV, 9). Las artes de la hechicera provocan tales estragos, que "en ocho días la pusieron tan otra de lo que ser solía, que ya no la conocían sino por el órgano de la voz; cosa que tenía suspensos a los médicos y admirados a cuantos la conocían". (IV, 10). Los médicos son, como de costumbre, incapaces de remediar el mal provocado por la hechicera. Podemos pensar que Cervantes creía más en la hechicería que en la medicina.

La última ironía dirigida a los médicos en esta novela se halla en estas líneas: "Habíase partido Magsimino con intención de llegar a Roma a curarse con mejores médicos que los de Terrachina, los cuales le pronosticaron que antes que en Roma entrase le había de saltear la muerte (en esto más verdaderos y esperimentados que en saber curarle)." (IV, 14). Magsimino padece una extraña y rara enfermedad, y quiere buscar médicos más experimentados, lo que hacía y haría hoy en día cualquiera en su situación, si tuviera los medios necesarios. Pero los médicos ya le habían advertido que no iba a llegar lejos, y Cervantes no desperdicia la oportunidad de decirnos que los médicos aciertan mejor en predecir la muerte que en curar al enfermo.

Podemos concluir que Cervantes tenía ciertos conocimientos en cuanto a la medicina empírica y precaria de su época, este oficio no le era extraño, y sus observaciones, esparcidas por todas sus obras, constituyen un valioso testimonio sociológico desde este punto de vista. A pesar de ironizar a veces a los médicos, Cervantes es consciente de la nobleza de esta profesión, y –al criticar a los malos médicos-, no olvida de mencionar también a los buenos médicos. No podemos dejar de mencionar que en la obra de Cervantes los médicos nunca consiguen vencer a las hechiceras, cuyas artes tienen siempre el poder de quitar o de dar la vida.

BDD-A24585 © 2015 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.216.75 (2026-10-30 00:14:48 UTC)

Bibliografía

Alvar, Carlos; Mainer, José Carlos; Navarro, Rosa, *Breve historia de la literatura española*, Alianza editorial, Madrid, 2007.
Canavaggio, Jean, *Historia de la literatura española*, Tomo III, *El siglo XVII*, traducción del francés de Juana Bignozzi, Ariel, Barcelona,1995.
Cervantes, Miguel de, *Novelas ejemplares*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1992.
Cervantes, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1992.
Ferro Ruibal, Xesús, *Álvaro Cunqueiro e a paremioloxía*, in *Cadernos de fraseoloxía galega*, 13, 2011, pp. 77-112.
Menéndez Peláez, Jesus, Arellano, Ignacio, Caso González, José M., CASO Machicado, María Teresa, Martínez Cachero, J.M., *Historia de la literatura española*, Everest, León, 2005.
Ortega y Gasset, José, Meditaciones del *«Quijote»*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1990.
Paz Gago, José María, *La máquina maravillosa. Tecnología y arte en el «Quijote»*, SIAL ediciones, Madrid, 2006.
Rico, Francisco, *Tiempos del «Quijote»*, Acantilado, Barcelona, 2012.
Del Río, Angel, *Historia de la literatura española*, Bruguera, Barcelona, 1982.
Unamuno, Miguel de, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Cátedra, Letras hispánicas, Madrid, 1992.
http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cervantes-en-su-vivir-0/html/00094668-82b2-11df-acc7-002185ce6064_1.html#I_2_ , consultado el 15 de julio de 2015
https://es.noticias.yahoo.com/goytisolo-contaminados-cervantes-resignamos-injusticia-102929766.html , consultado el 23 de abril de 2015

BDD-A24585 © 2015 Universitatea din Pitești
Provided by Diacronia.ro for IP 216.73.216.75 (2026-10-30 00:14:48 UTC)